

EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Sábado 12 de Marzo de 1921.

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO) Año XXIII— Núm. 2129

"CRISTO VIVE, REINA E IMPERA"

EL AMIGO DEL OBRERO

El 1.º de Enero de 1920

Fundado en Homenaje a Cristo Redentor
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Redacción y Administración:

MERCEDES, 947

Teléfono: La Uruguay 2161 (Central)

MONTVIDEO

REDACTORES

Drs. LUIS P. LENGUAS
Y MIGUEL PEREA

SECRETARIOS DE REDACCION

Dr. JUAN NATALIO QUAGLIOTTI
Dr. HECTOR E. TOSAR ESTADES

CORRESPONDENTES:

En PARIS: François Veutillot
En TRIBUNO: Max Turmann.

SUSCRIPCION

Capital, por mes \$ 0.20
Interior, semestre adelantado " 1.20
Exterior, semestre adelantado " 1.80

AVISOS

Pídanse precios a la Administración
por avisos en 3.ª y 4.ª página, a una
columna o más columnas, por centí-
metros de altura.
La Administración no aceptará cual-
quier aviso que se le presente; se re-
serva el derecho de rechazar los que
crea conveniente.

EL AMIGO DEL OBRERO no ad-
mite publicaciones de redacción pa-
gadas.

Agentes en todos los pueblos del
interior:
Se reciben suscripciones en las ca-
sas parroquiales.

Administrador

Angel Martínez Alvarez

Círculos Católicos de Obreros existentes
en el país

Montevideo, calle Minas 1244 — La
Unión — Villa Colón — Villa del Ce-
ro — Paso del Molino — Guadalupe
— Las Piedras — Pando — Salto —
Mercedes — Fray Bentos — Minas —
Durazno — Trinidad — Rocha — Pay-
sondú — San José de Mayo — San
Carlos — San Fructuoso — Nueva
Hérela — Treinta y Tres — Florida
— Santa Lucía — Sarandí Grande —
Santa Isabel — Rosario — Maldona-
da — Santa Rosa (Canelones) — Ri-
vera.

Oficina del Consejo Superior de los
Círculos: Mercedes 947.

INDICADOR CRISTIANO

MARZO DE 1921

Sábado 12 — Stos. Maximilia-
no, m. Gregorio I el Magno, pa-
pa y Bernardo.
Domingo 13 — De Pasión —
Stos. Rodrigo y Macdonio, mrs.
Leandro y Cristina, v. m.
Lunes 14 — Stos. León, ob. y
mr. Florentina y Matilde, r y v.
Martes 15 — Stos. Aristóbulo
Longino, sold., m. Zacarías
p. y Probo, ob.
Miércoles 16 — Stos. Julia,
Ciraco m., Agapito, Hilario y
Eriberto, Ayuno.

ORDEN DE LOS TRIDUOS
PARA EL AÑO 1921

MARZO DE 1921

1 P. de la Unión.
2, 3, 4: Catedral de Melo.
5, 6, 7: P. de Dolores (Soriano).
8, 9, 10: P. de Sarandí del Yf.
11, 12, 13: P. de Nueva Palmira.
14, 15, 16: P. de Santa Rosa
(Canelones).
17, 18, 19: P. de San José.
20, 21, 22: P. de San Eugenio
(Cuareim).
23, 24, 25: P. de Rivera.
26, 27, 28: P. del Cerro.
29, 30, 31: P. de San Antonio
(Canelones).

El crimen contra Dato

No se ha descubierto, aún, a los autores del execrable crimen cometido en la persona del jefe del gobierno español, Dn. Eduardo Dato Iradier; pero todos los indicios y las sospechas de todos están contestes en atribuirlo a los sindicalistas de acción directa, en venganza por la represión enérgica de sus crímenes de Barcelona, Zaragoza, Bilbao, Valencia y otras ciudades y regiones de España.

Más de 500 asesinatos cometidos por los sindicalistas españoles, contra patronos y obreros no afiliados a los sindicatos revolucionarios de acción directa, habían sublevado unánimemente a toda la opinión honrada de España y aun del exterior, pidiendo enérgicamente todos, una severa represión de tales crímenes tan odiosos como ineficaces. Pero, si bien, cuando las cosas llegan a tales extremos, es preciso que la sociedad se defienda por todos los medios legítimos, por radicales que sean, vale siempre más prevenir que reprimir; y la situación social en España, como la situación en casi toda Europa y aun en muchos países de América, como p. ej., la Argentina, es una consecuencia lógica de la absoluta falta de previsión de pueblos y gobiernos, que ha permitido que la ola revolucionaria se extienda cada vez más, sin oponerle los diques morales ni legales que hubieran podido y de seguro la hubieran contenido.

Nos referimos a la ola de inmundicia que es siempre precursora de la ola revolucionaria y que, a su vez, se deriva de la falta de fe religiosa y de ideales supremos en el corazón del pueblo; esto, en primer término; y en segundo, lugar, la falta de justicia del actual régimen social, en donde, mientras unos cuantos millares de comerciantes, industriales y latifundistas han ganado sumas millonarias con la guerra y después de la

guerra, la mayoría del pueblo en los países beligerantes, se batía en las trincheras, perdía su vida o se hacían inútiles para el trabajo, mientras en la gran parte de los hogares faltaba el alimento y el vestido y aun los medicamentos y asistencia para los enfermos.

Los gobiernos que se alejan de Dios y arrancan a Dios del corazón del pueblo, suprimiendo la educación religiosa, la fe, base única e indestructible de la moral; disolviendo la familia y abrumando de impuestos a las clases pobres (como quieren que éstas, en su desesperación no se convirtieran en fieras y se revuelvan, en su rabia y en su extravío contra todas las cumbres, sin fijarse si son buenos o malos y apelen al puñal, al revólver o a la dinamita, como único argumento, y único recurso a su alcance).

Además, en vez de fomentar, proteger y estimular a las obras de paz social, a las que buscan el mejoramiento de los desgraciados, las reformas pacíficas, la justicia paulatinamente, y la armonía y aun el amor entre las clases, se les ha puesto trabas de todas clases; y en cambio se ha dejado que organismos claramente revolucionarios, subversivos y hasta de fines abiertamente delictuosos, como son tantas corporaciones anárquicas, tantas, o mejor dicho, todos los sindicatos llamados "únicos" que, sin obstáculos de ninguna clase por parte de las autoridades, se multiplican y funcionan públicamente, incitando abiertamente a distinguir a muchos ilusos o ignorantes y siendo, en realidad, los capataces más odiosos, y más verdaderos de estos crímenes horrendos.

Abren los ojos, de una vez los gobiernos: no hay término medio; o se va a la solución cristiana y justísima del Evangelio, en medio de la paz, la armonía y el orden, o se va al caos, al crimen y a la revolución o anárquico.

Quisicosas

Víctima de la salvaje agresión de unos criminales anónimos, ha caído el jefe del gabinete español don Eduardo Dato.

La noticia nos ha causado pena; pero mentiríamos si dijéramos, que nos haya producido sorpresa.

Desde que, merced a las absurdas libertades, pregonadas por el liberalismo moderno, han tomado carta de ciudadanía en medio de los pueblos las monstruosidades más antisociales que puede uno soñarse, ya no nos tomaban de sorpresa los crímenes y atentados contra las autoridades legítimas y contra los dirigentes de las naciones.

Los propios Gobiernos de la tierra se tienen la culpa de sus desdichas; por aquello de que han sembrado vientos y hoy cosechan... balazos o caricias por el estilo.

Todos los periodistas, con frases más o menos galanas, lamentan íntimamente la trágica muerte del estadista hispano; pero, "La Noche", no se ha contentado con esto, sino que arrancándose por solas, ha escrito un suelto necrológico en honor del lacayo que también cayó alcanzado por las balas que acerbillaron el automóvil ministerial.

Estos chicos de "La Noche" son unos ricos tipos, si los hay. Atiéndamelos.

"Un lacayo acaba de caer herido gravemente en la tragedia política de España. Una dignidad secular está sangrando y acaso pague con la vida los riesgos del oficio".

Lo mismo pudiera decirse del chauffeur, si hubiera tenido la desgracia de que le alcanzaran las balas homicidas.

Bueno, adelante.
"Nec" cuesta, sin embargo, pensar que se trate del caso vulgar de la víctima de su deber cumplido; porque tal vez, empujados por la figura a

este señor que no le da mayor importancia a los grandes hombres...

El que haya logrado entender eso párrafo, que levante el dedo y le daremos un premio por descifrador de acertijos.

"Tampoco suponemos que haya sido objeto de la casualidad. Vamos a hacerle el honor de creer que él también estaba señalado por el dedo criminal y que todo no fué obra de un proyectil ligeramente desviado. También a él le apuntan al alma, también a él lo quisieran matar".

Yo tengo para mí que a los asesinos de Dato, les importaba la vida del lacayo, menos que la del moro Muza; pero, ya que a los profundos observadores de "La Noche" les parece lo contrario, no hemos de reñir por semejante bagatela.

"El lacayo del político asesinado, no puede tener un alma distinta de los lacayos que todos conocemos".

¡Pero Grullo!

Y ahora, ténganse Vds. para no caerse de admiración.

"Teniendo en cuenta estas coincidencias (¿cuáles? pregúntele yo) morales que actualizan como cosa propia, y no como suceso reflejado y ambientado en una forma sugestiva el contra-tiempo (Así, como si se tratara del estallido de un neumático) infortunado del lacayo herido ¿con qué derecho le vamos a negar una ilusión legítima de gloria?".

A que ninguno de mis lectores ha logrado actualizar, y meo, ambientar esa charada.

Así que ya lo saben Vds. para el finco observador de "La Noche" los asesinos de Dato, buscaban, casi con el mismo interés, la muerte de su lacayo.

Y concluye así el portentoso colega:

"No; no fué una casualidad. ¡El caso estaba previsto!".

¡Lo había contado Serrucho! ¡Y saben Vds. que título

lleva todo ese racimo de zoncetas!

Pues esto: "Así se escribió la historia!"

¡Hombre, hombre! ¿cómo habla de lucirlo el pelo a la humanidad con la historia que Vd. escribiera!

¡Todo un primor!

El Mudo

EN LOS PRIMEROS DIAS DE LA SEMANA ENTRANTE SERAN PUESTOS A LA VENTA LOS ALMANAQUES DE "EL AMIGO DEL OBRERO", A 0.12 EL EJEMPLAR.

Civismo Católico

Nuestros lectores encontrarán en la crónica respectiva, los proyectos de la Departamental, al iniciar el desarrollo del plan de acción que se ha trazado.

Ese plan, ya publicado en nuestras columnas, no podrá tener una realización feliz, con la sola labor de la Departamental.

Para que esa realización sea culminada con el éxito por todos deseado, es preciso el concurso de los afiliados sin excepción alguna.

Una obra de esa magnitud, que exige esfuerzos y sacrificios, no puede ni debe ser el fruto de la acción de unos pocos, tiene que ser el resultado del trabajo perseverante y entusiasta de todos, aportado por cada uno en la medida de sus fuerzas, desde el puesto de lucha que se le designe.

La voz de orden ha sido dada, que cada uno, sepa, ahora, cumplir con su deber. Es lo que la causa espera de todos sus hijos, en esta hora de lucha intensa y tenaz.

Labor abrumadora

La Asamblea Representativa ha tenido en estos últimos días, una labor abrumadora.

Ha celebrado dos o tres sesiones!

Pero, eso, sí, no crean los lectores que los diputados departamentales se tomaron la molestia de resolver algo en beneficio de la salud pública, amenazada con una epidemia de tifus, desde hace varios meses.

Nó. Eso de la higienización de la ciudad, es cosa que no preocupó a la Asamblea Representativa.

Su labor se concretó a autorizar varios refuerzos de rubros. Es decir, gastar plata y más plata.

Homenaje a Carlos A. Etchandy

El miércoles último, 9 de Marzo, 2.º aniversario de la desaparición del llorado joven Carlos A. Etchandy, sus amigos y compañeros de estudio le dedicaron algunos actos de sentida recordación, así como la Asociación Católica de Estudiantes, en cuyo seno se contaba.

Muerto en los primeros años de la juventud, cuando todo en la vida le sonreía, Carlos Alberto Etchandy tuvo tiempo, sin embargo, para destacarse por sus dotes de inteligencia y de carácter, pero sobre todo, para hacerse querer de todos, por su natural bondad sus sentimientos generosos, su rectitud franca y abierta y su completa honrra de bien.

Por eso, un gran número de amistades se congregaron, primero en la Iglesia del S. C. de Jesús (Seminario) donde se dijeron misas por el finado, desde las 8 y a las 10, se encontraban en el Cementerio del Buceo, rodeado la triste fosa que tan prematura mente ocupara el extinto.

Allí, ante la familia y amigos del llorado muerto, pronunciaron bellos y sentidos discursos los jóvenes Julián Bernadon, por los ex-compañeros del Colegio de los Hermanos de la Sagrada Familia, y Hugo Arancibia Olmedo, por la Asociación de Estudiantes Católicos.

Las cariñosas frases de afecto y los sentidos recuerdos traídos a colación, conmovieron profundamente a todos los asistentes.

Los sencillos y conmovedores actos realizados dicen claramente cuán hondamente fué querido Carlos Alberto Etchandy, y hablan también muy alto en favor de la sincera y cristiana amistad y consecuencia de todos sus antiguos compañeros.

Julia F. de García Santos

† El 10 del corriente

Nuestra sociedad ha sido muy penosamente afectada por el deceso de esta virtuosísima dama universalmente querida y respetada por pertenecer a ese grupo de damas de gran relieve personal, de inestimable valor moral, privilegiadamente dotada para el bien, la cultura y la sociabilidad, siendo sobre todo, una mujer cristiana y caritativa, de honda y viva fe y sentimientos generosos hasta el sacrificio.

La extinta era esposa de nuestro distinguido correligionario el Sr. Francisco García y Santos, y había sabido formar, con su digno esposo, un hogar feliz y modelo de virtudes.

Pedimos una plegaria por que el Señor haya acogido en su seno al alma de su sierva; y enviamos a todos sus deudos nuestros más cristiano y cordial pésame.

YA ESTAN PRONTOS LOS ALMANAQUES DE "EL AMIGO DEL OBRERO". LA ADMINISTRACION ORGANIZA LA DISTRIBUCION PARA SER PUESTOS A LA VENTA DENTRO DE BREVES DIAS.

La ley de accidentes del trabajo

(Véase el número correspondiente al 2 de Marzo).

Se estableció también que el conyuge sobreviviente perderá todo derecho a la indemnización si contrajere nuevo matrimonio, recibiendo en este caso, sólo el importe de dos anualidades.

Siendo la indemnización basada en el afecto hacia la víctima y sobre todo, en la necesidad en que queda el conyuge sobreviviente por la falta de recursos que el otro le proporcionaba, justo es que, si el viudo o la viuda contraen nuevas nupcias no sigan percibiendo pensión por el esposo muerto.

También se priva en absoluto de indemnización, al conyuge que dejare de observar buena conducta. Una razón de elemental moralidad impide que el Estado obligue a pasar una pensión a terceros para que éstos la empleen vergonzosamente, explotando su vínculo de matrimonio con la víctima.

El art. 19 fija en 2 tercios del salario anual, el máximo de la renta que pueden percibir los obreros o sus herederos; siendo reducidas las sumas proporcionalmente hasta que el total no sobrepase los dos tercios.

Siendo una carga demasiado pesada, para los patronos, las rentas a que se les obliga por la ley, y otorgándose aquellas con carácter gratuito, es decir, sin ninguna otra obligación por parte de los agraciados, parece justo y razonable que se disminuya en un tercio, aquel monto, en la mayoría de los casos. Pero consideramos que cuando el salario es muy pequeño, y el o los beneficiarios de la renta no tienen ni pueden tener otra fuente de recursos que la indemnización debida, debiera concedérseles pensión íntegra, o sea el importe del salario anual.

También consideramos exigua (y hasta ridícula, en la mayor parte de los casos) la proporción de 10 0/0 del salario que se fija para cada uno de los ascendientes que vivieran a expensas de la víctima cuando ésta no tenga hijos o conyuge, no pudiendo jamás exceder de 30 por ciento para todos. Así, p. ej., si el obrero

Continúa en 2.ª pág.

Círculo Católico de Obreros

Asamblea General Ordinaria

Se invita a todos los socios del Círculo C. de Obreros Central para la asamblea general ordinaria que se verificará mañana domingo, 13 de Marzo, a las 3 p. m. para considerar la memoria y el balance del ejercicio de 1920, y elegir presidente, pro secretario, tesorero, bibliotecario y tres vocales del Directorio, y dos miembros de la Comisión Fiscal de Cuentas.

Se hace saber que, de acuerdo con los estatutos sociales, la asamblea sesionará con cualquier número de socios que concurra, siendo válidas las decisiones que tome por mayoría de votos.

Se ruega a todos los socios que hagan lo posible por concurrir a esta asamblea.

Lista de elegibles

Miembros del Directorio salientes y que pueden ser reelectos: presidente, doctor Vicente Novoa; Pro secretario, Dr. Héctor Tosar Estades; tesorero, señor Manuel Lorenzo y Zúñiga; bibliotecario, señor Constante Facello (hijo); vocales, señor Antonio L. Zoppolo, señor Domingo

Larralde, señor Alfredo Varela. Candidatos que, para los cargos a proveerse, propono el Directorio:

Para presidente: Doctor Alejandro Gallinál, doctor Carlos Ferrés y doctor Antonio J. Rius; para prosecretario: Señor Luis G. Fernández, Salvador Morales Herrera, señor Arturo Xalambri; para tesorero: Señor Sixto J. Dutra, señor José María Muñoz, señor Conrado González Barbot; para bibliotecario: Señor Arturo G. Piñón, señor Antonio García Ares, señor Horacio Campodónico para vocales: Señor Víctor Garcíaandía, señor Buenaventura Adiego, señor Estanislao Desalvo, señor Estanislao J. Bruno, señor Dante Caprani, señor Angel Magarena, señor Luis de Amilivia (hijo), señor Urioste Divenuto, señor José A. Manzi.

Comisión Fiscal de Cuentas:

Miembros salientes: Señor Sabino S. Doldan, señor Santiago D. Trulla; se propone: Señor Eugenio D. Garderes, señor Ildefonso Bosch, señor Gaspar Zatarain, señor Luis O. Damiani, señor Adrián M. Lecheverría, señor Ignacio Bergara.

El asunto del Padre Rivero

Habla el P. Rivero.— Ahí está.— No probó nada! — ¡Sobró papel! — Tableau!

Habla el P. Rivero.

A "El Día", lo tenía preocupado, la resolución del P. Rivero, al no apelar de la sentencia

¡Y muy suelto de cuerpo, la atribuya a un reconocimiento de los cargos que se le hacían en la campaña, iniciada contra él!

Las causas de la no apelación, las encontrarán los lectores, en la siguiente carta, dirigida por el Pbro. Rivero a su defensor, el doctor Secco Illa:

Mercedes, Febrero de 1921.

Sr. Dr. Joaquín Secco Illa.

Muy señor mío:

Con la impresión que Vd. puede suponer, he recibido la noticia del fallo dictado por el juzgado correccional de esa capital, en el juicio que inicié contra "El Día" de Montevideo, por abuso de la libertad de imprenta.

Le diré con franqueza que no esperaba ese resultado, pues aunque me doy perfecta cuenta de todas las dificultades que ofrecía el asunto, especialmente por la categoría del adversario y todo lo que de ello deriva, tenía completa fe en la justicia de mi país, a la que me dirigí yo, en primer término, con la esperanza de encontrar en ella una verdadera garantía contra las innumerables injurias de que aquel diario me hizo objeto de la manera más ciega y escandalosa que pueda concebirse.

Aun cuando en definitiva el juzgado ha absuelto a "El Día", observo con satisfacción que en los resultados y considerando de la sentencia se hace cuestión muy capital de dos hechos que conviene destacar: uno de ellos consiste en que "El Día", no obstante todos sus desplantes y valentías en los sueltos que publicó, ha rehuído en el juicio, lisa y llanamente, la responsabilidad de sus publicaciones; y el otro consiste en que, una vez más, se puede constatar expresamente que "El Día" — que sorprendió la buena fe de sus lectores afirmando que tenía la prueba documentada y completa de sus imputaciones — no ha logrado justificarlas en el juicio, como lo prometió y debió hacerlos.

En tales condiciones, el fallo dictado no constituye ciertamente un triunfo moral para ese diario, y, por otra parte, considero inme-

cesario llevar adelante los trámites judiciales. Mi propósito fundamental ha sido suficientemente alcanzado con esas constancias de la sentencia referida, y puedo dar por terminado el asunto.

Apelo únicamente ante el testimonio de la gente sensata, que puede ahora juzgar mejor que nadie, frente a esos antecedentes, qué autoridad merece la palabra y la propaganda de "El Día", y de qué manera tan recomendable sabe responder de sus injurias cuando se le emplaza por ellas ante la justicia.

Reitero a Vd. mi agradecimiento por todo lo que Vd. ha hecho en mi defensa, y lo saludo atentamente.

Su affmo. y S. S. S.

Pbro. Juan Rivero.

¡Ahí está!

La actitud vergonzosa de "El Día", rehuyendo la responsabilidad de su campaña contra el P. Rivero; desconociendo más de 20 diarios agregados al proceso, queda demostrada en forma terminante en el escrito de su defensa, publicado en el número del 9 del corriente.

Aquí está la prueba de esa huida y puede verse en los últimos párrafos de esa publicación.

"El Día", le dice al Juez que, si cometió el delito de que lo acusa el P. Rivero, ese delito existió en los diarios que no fueron reconocidos por él, y que, por lo tanto, no habiendo sido reconocidos (y no sintiéndose con valor para reconocerlos, agregamos nosotros) esos diarios no deben ser tenidos en cuenta por el Juez, al pronunciar su sentencia.

¡No probó nada!

"El Día prometió, una y mil veces, probar los cargos contra el P. Rivero.

Pero, esas promesas, como no podía menos de suceder, quedaron sólo en promesas, porque pruebas... ni una para muestra.

El mismo Juez, en la sentencia, lo dice en forma categórica: "El Día" no ha probado uno solo de los cargos formulados contra el P. Rivero.

¡Y tiene todavía el coraje de hablar de triunfos morales y materiales!

La defensa de "El Día" descenderá cuanto texto le vino a mano, para demostrar con la cita de autores, que había probado los hechos denunciados en sus columnas.

Pero, como no es posible desvirtuar con citas de autores, lo

POCOS DIAS MAS Y LOS AGENTES Y LIBREROS TENDRAN, PARA LA VENTA EJEMPLARES DEL ALMANAQUE DE "EL AMIGO DEL OBRERO"

tería), que, en cambio, pecaba de difusa en lo concerniente a las cuestiones internas, al proyecto de reanudación de las relaciones con el Vaticano, especialmente. Esta actitud de la cámara francesa en vísperas de la conferencia interallada, cuando la expectativa de probables dificultades internacionales parecía aconsejar un campamento de espera en la política interna, da la medida de la vigilia con que mantiene aquella sus pronunciamientos de reparación nacional frente a las tentativas del sectarismo despedido e impotente.

Y se explica la urgencia con que requirió ciertas aclaraciones, si tenemos en cuenta que nada había hecho de "motu proprio", M. Briand, tendente a desvanecer la justa desconfianza provocada por su advenimiento de las relaciones oficiales con la Santa Sede era tan oscura, que ni sus propios partidarios sabían ya a que atenerse.

En la sesión del 21, M. Briand dió amplias satisfacciones al blok nacional, y sólo así pudo lograr el voto de confianza necesario para permanecer en el gobierno.

Dejemos de lado el examen de las causas que pudieran obligar al jefe del gabinete francés a no ser más, explícito en su primera declaración. Atengámonos a su respuesta a los interpelantes.

Estos fueron varios, pero se destacó entre todos uno que no es católico, "ni mucho menos", el diputado Forgeot, cuyo discurso en defensa de la reconciliación con el Papa sacó de quicio a los izquierdistas por el argumento empleado, que les dió en la cabeza....

Por amor a la brevedad reproducimos lo más saliente de esta interpelación y de la respuesta de M. Briand.

Recomendámonos al trasnochado anticlericalismo "burgués" de estos nuestros pagos. M. Forgeot. — Estoy convencido de que el catolicismo es el medio de acción más poderoso contra la plaga bolchevique; el antidoto del veneno. (Interrupciones de la izquierda). Francia necesita de esa arma. Para emplearla con eficacia tiene que ponerse de acuerdo con el jefe de los católicos (Grandes aplausos en el centro y la derecha).

Yo no soy católico, lo sé; pero constato que desde hace dos mil años, sobre todos los puntos del globo, en todas partes, el catolicismo defiende la familia, el orden y la propiedad. es decir, todo eso que, con los principios republicanos, asegura la dignidad y la independencia de los ciudadanos, todo eso que más directa y eficazmente se opone a los principios destructores de la anarquía, del odio y de la dictadura bolchevique. (Aplausos en el centro y la derecha. Vivas interrupciones de la extrema izquierda).

Y yo os digo ahora, Sr. Briand: ¿vais a retardar esa alianza, la más potente alianza que se os ofrece para preservar a Francia del bolcheviquismo? ¿Vais a mantener un aplazamiento mezquino, cuando está de por medio el interés nacional?

O ¿habéis cambiado felizmente de opinión, hallándoos dispuesto a obtener una sanción

rápida del senado? Contestad. (Vivas aplausos en el centro y la derecha. Escándalo de las izquierdas).

M. Briand. — M. Forgeot ha pretendido que estoy empeñado en un aplazamiento mezquino. Nada de eso, absolutamente. Lo que temía, y mucho lo temía como yo, es que este importante problema, abordado ante de las elecciones senatoriales pudiese abrir nuevas posibilidades de guerra religiosa. Ahora bien, esto tiene que evitarse a todo precio. (Aplausos).

Pero, lo sostengo bien alto: mantendré el proyecto y lo mantendré vigorosamente. Haré cuanto sea necesario hacer. (Protestas de la izquierda).

Nos encontramos en el terreno de los asuntos exteriores. M. Forgeot nos ha hecho del catolicismo un elogio que yo suscribo de todo corazón. El catolicismo está estrechamente unido a la historia de Francia y tiene en su activo páginas bien hermosas... Etcétera.

No hace falta reproducir más.

Lecciones espirituales

de la última guerra

Sobre el ayuno y la abstinencia

Buena lección acaba de dar Dios al mundo. Este se reía de los preceptos de la Iglesia, criticaba y ridiculizaba sus ayunos, le negaba la facultad de meterse en estas particularidades individuales, y ese mundo y esa sociedad se vió obligado en la guerra europea a poner en práctica la lección, ya que por parte de la autoridad civil se imponía la ley del ayuno y de la abstinencia. Para salvar los cuerpos, la tierra, la patria, se median a los ciudadanos los gramos de pan que habían de comer, y se clasificaba la calidad hasta en las mesas reales, se prohibía manjares de regalo y se ponía entredicho a la carne. Todo el mundo acataba la orden dada por la autoridad civil, para salvar esa misma sociedad; nadie le regateaba el poder para imponer esa ley, aunque algunos no la querían cumplir. Pero la lección es evidente: de ahora en adelante no se podrá negar tampoco ese poder a la sociedad espiritual, a no ser que como otras veces se ciegue uno con las más absurdas inconsecuencias. Pues si la autoridad civil, para salvar los súbditos que le estaban sujetos, podía imponer esta ley, también lo podrá la autoridad religiosa por el mismo fin, ya que el medio del ayuno es más útil aún para la salvación del alma sofriendo el apetito, y haciendo a Dios propicio, que para la conservación de las últimas reservas, disminuyendo los gastos superfluos. Podrán tal vez desobedecer esta ley los malos hijos de la Iglesia, como también era desobedecida la ley del ayuno civil por los malos patriotas; pues si hay algunos que, como dice San Pablo, tienen por Dios su estómago, hay muchos más que lo tienen por patria. Pero lo evidente es que nadie podrá negar a la Iglesia la autoridad de imponer esa ley. Y si tiene el derecho de imponerla y es razonable y beneficiosa, la ley será justa y deberá ser obedecida, y el que así no lo hace, falta contra su conciencia y dará cuenta de su culpa ante el tribunal de Dios, en cuyo nombre manda la Iglesia, como el ciudadano que quebranta la ley del ayuno civil, es reo de ella y se le puede exigir el descargo ante el tribunal de la patria que necesitó de su sacrificio.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico. Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

ACADEMIA

— DE —

CORTE Y CONFECCION

Sistema "Parlsten"

Directora:

Breilia B. de Caprani

Oharúa 1764 Montevideo.

ner esa ley. Y si tiene el derecho de imponerla y es razonable y beneficiosa, la ley será justa y deberá ser obedecida, y el que así no lo hace, falta contra su conciencia y dará cuenta de su culpa ante el tribunal de Dios, en cuyo nombre manda la Iglesia, como el ciudadano que quebranta la ley del ayuno civil, es reo de ella y se le puede exigir el descargo ante el tribunal de la patria que necesitó de su sacrificio.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.

Ni es esto sólo en lo que la guerra ha venido a confirmar el derecho eclesiástico.

Refléjese y burlábase de la Iglesia por su índice de libros prohibidos y por censura eclesiástica. Pero viene la guerra y el generalismo cree que puede defender tanto a la patria, empuñando el lápiz rojo, como la espada; y hace bien.

Porque si se deja a la libertad individual escribir lo que se quiera aun suponiendo en todos muy buena voluntad y honestas intenciones, no se puede suponer en todos el criterio apto y bueno para juzgar los hechos diarios, los actos gubernamentales, o para predecir lo que se hará; la opinión pública se puede extrañar y un pequeño desentido podría producir efectos desastrosos. Por esto la censura militar es un arma licita de defensa, y la mejor de todas, porque no derrama sangre ni lleva el pesar al corazón.

Pero si se reconoce este derecho al Estado, también se le debe reconocer a la Iglesia, sociedad más natural, más primitiva, más humana, más noble y más perfecta por su fin, sus súbditos, su territorio, su Fundador; debe ella defender a sus súbditos, rechazar las ideas que la atacan, prohibir los libros que la combaten, pues no todos sus hijos pueden tener el criterio, ni la ciencia necesaria para juzgar en muchas cosas como conviene, siendo de ordinario la materia más difícil por tocar a la fe, o más expuesta al apasionamiento por referirse a las costumbres o a la autoridad. Si pues, el Estado puede y debe prohibir lo que podría tender, aunque indirectamente, a su ruina, el mismo derecho y con más razón compete a la Iglesia y usa lícitamente de él al prohibir a sus hijos la lectura de obras perniciosas a la fe o a las costumbres.

Los enemigos de la Iglesia deben aprender estas lecciones que con mano fuerte les lee la Providencia: la letra con sangre entra. Pero el discípulo es tan recaleitrante, que aunque repita la lección mientras está bajo la férula suspendida, mucho temo se haga luego el ignorante y no quiera reconocer estos derechos de toda sociedad perfecta, aunque esa sociedad sea la Iglesia.